

# ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO

ABC, SÁBADO 4 DE ABRIL DEL 1992  
ESPAÑA

Con motivo de la conmemoración de 1992 se están haciendo, dentro y fuera de España, repasos a las instituciones de nuestro país. Todos coinciden en que la institución que destaca por encima de las demás, muchas veces la única y siempre en un altísimo plano de eficacia y estimación popular, es la Monarquía. Se trata, en realidad, de una encuesta, más amplia que la famosa que hizo Charles Maurras, y con la superioridad de que no se apoya exclusivamente en una teoría, sino en los hechos.

Comentarlo me parece justo y oportuno. Y apasionante. Laureano López Rodó ha relatado como Don Juan Carlos de Borbón llegó a ser Rey. Es una historia viva de progresos, detenciones y retrocesos, y hasta con una buena dosis de “suspense”. Pero no menos atractiva y aún más aleccionadora es la historia que ha seguido a aquella; el relato de cómo aquel Rey casi solitario, sacudido por todas las corrientes, se sobrepuso a ellas, las templó, encauzó y acabó construyendo un Estado democrático entorno a la primera institución del país: la Corona. ¿Cómo fue posible?

En una conferencia que pronuncié en el Club Siglo XXI, el 10 de febrero de 1976 (no hacía aun tres meses de la muerte de Franco), compare una Monarquía moderna con un plato de comida china. Quise salir así al paso de los que por entonces pedían una Monarquía de rompe y rasga, de plenos poderes, decretos-leyes y cuasi dictatorial, una Monarquía apisonadora, “recia, empírica y simple”, como escribía Marañón que es la cocina española; sabrosa, pero tan impolítica como solo nuestro pueblo puede ser. Una Monarquía moderna —observé— debe ser todo lo contrario: una obra maestra de matices y delicadezas, de sabores sutiles que equilibran y armonizan de modo imperceptible, o, si queréis salir de la gastronomía oriental, un mecanismo delicado, hecho de acomodaciones, concesiones y transacciones, que requieren mucha prudencia y ecuanimidad, que funciona bien si se le trata bien, y que, si no excluye cuando hace falta el tirón energético, es a condición de que aun entonces se siga conservando la sangre fría y el pleno dominio de todas las piezas. Obvio es que así a funcionado la Monarquía en España y por eso la tenemos ahora como la primera institución de la nación.

Nuestra Monarquía es el resultado de una legitimación jurídica sobre la que se han depositado sucesivamente tres legitimaciones políticas.

La primera fue la implantación de la democracia gracias al Rey. La expresión “motor del cambio” me parecería perfecta si no la encontrase demasiado ruidosa para un Rey moderno. Sobre los resultados de esta legitimación no hay más que comparar lo que muchos reconocieron en el debate institucional y lo que esos mismos habían dicho antes. ¿Dónde estaríamos sin el Rey? Se lo pregunto Santiago Carrillo y él mismo se contestó: a tiros por las esquinas.

La segunda y decisiva legitimación fue la salvación de la democracia por el Rey en la noche del 23 de febrero de 1981.

La tercera legitimación es la que ha venido después. Cuando, después de salir a primer plano en la histórica jornada mencionada, el Rey hizo algo aún más difícil: dar un paso atrás, retroceder hasta su discreto y estricto lugar constitucional. Que no supone ninguna falta de protagonismo, sino el protagonismo de otra clase, incomparablemente más delicado y difícil, que viene desempeñando desde entonces.

Durante este periodo, muchos han pedido que se amplíe el fondo de poder que la Constitución le reconoce. Les parece insuficiente que el Rey reine, pero no gobierne, y desean que al menos pueda gobernar un poco. Pero ésa ha sido la fatal equivocación de los reyes constitucionales que, con el mejor deseo, han querido hurgar en el sistema, actuando como políticos entre políticos. No fue la equivocación de Don Alfonso XII, y por eso fue el Rey de la primera Restauración. Tampoco ha sido la equivocación de Don Juan Carlos, y por eso es el Rey de la segunda Restauración. Al primero, Cánovas le enseñó una lección. En cuanto a Don Juan Carlos, es obvio que no le han faltado buenos maestros, pero creo que su mejor maestro ha sido él mismo. La lección consiste sencillamente en invertir la fórmula usual y, donde dice: “Rey que reina, pero no gobierna”, leer: “Rey que no gobierna, pero reina”. Parece lo mismo, pero es completamente diferente, porque en este caso sí que el orden de los factores altera el producto.

Reinar sin gobernar no es abstenerse de la política, sino colocarse por encima de la política. Quien recuerde las palabras de Don Juan Carlos a los jefes de los partidos el 24 de febrero de 1981, al día siguiente del golpe de Estado frustrado, o relea su más reciente mensaje a la nación, convendrá en que cada vez que se ha presentado un grave problema político, allí ha estado, puntual, la palabra del Rey, justa y oportuna siempre, siempre discreta, pero incisiva también. Reinar sin gobernar, es además, atender a todo aquello que no puede cubrir la política y pertenece a dos realidades: la sociedad; la nación. Se ha hablado de “la función social de reinar”. Se podría hablar también de la función nacional de reinar. Son funciones que solo el Rey puede desempeñar, y están pidiendo que se elabore esa nueva doctrina de la Monarquía que aún no se ha escrito. Pero ya es mucho que, aunque no la podamos leer, la estemos viendo aplicada cada día; y es justo que

dónde digo “Rey” diga también “Reina”, y hasta , de algún tiempo a esta parte, diga también “Príncipe”.

La política distancia y separa; no la Política con mayúsculas, pero si la política cotidiana de los partidos. En cambio, la función social y nacional de la Monarquía integra, porque se realiza en capas más profundas o más elevadas – según se mire- que la política. A esa integración me refería yo en la conferencia que he citado cuando la titule “La Monarquía de los republicanos”. Encontré la expresión en Cánovas, el cual, cuando le preguntaron por la Restauración, contesto que en Francia se había hecho la Republica con monárquicos, pero él en España había hecho la Monarquía con republicanos. Más exacto habría sido decir: con los republicanos también. Y todavía más exacto hablar de un Rey para todos.

Terminare con la referencia a algo que no ha hecho el Rey, porque se lo ha dado la institución, y es la magia monárquica, que tan poderosamente sigue actuando incluso en una Monarquía tan ejemplarmente desprendida de toda pompa cortesana como la nuestra, puesto que esa magia procede “del prestigio que da la Corona al ser de todos: de todos los que en un momento histórico conviven en el país, pero también de los que en el vivieron, de los que en el vivirán. La magia monárquica es, sencillamente, la historia.

Bernard Shaw, en “El carro de las manzanas”, contó el caso del Rey que renunció a la Corona para competir con sus ministros en el plano de éstos y los venció; pero en su triunfo, ¿no habría tenido que echar de menos algo para poder cumplir perfectamente su cometido de jefe del Estado colocado por encima de los partidos, vinculado con los grandes intereses permanentes de su pueblo y con las profundas líneas nacionales de continuidad? Le habría hecho falta la magia de la monarquía; haber vuelto a ser Rey.

Lo escribí hace tiempo en un artículo y al pie de mi reflexión puse el seudónimo “Nemo”, que entonces utilizaba. Y la fecha. Era el día de San Juan, festividad del Rey de España.